

LA PALABRA TRAICIONADA
TORRE DE BABEL - SIGLO XXI
LARA TUDANCA


Vision Libros

“LA PALABRA TRAICIONADA”

LARA TUDANCA

“LA PALABRA TRAICIONADA”

TORRE DE BABEL - SIGLO XXI



“LA PALABRA TRAICIONADA”

© Lara Tudanca

© Editorial: Vision Libros

Calle San Benito 21 Local

Tel: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com

Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN: 978-84-9983-835-9

Descargado de: www.visionlibros.com

Diseño base cubierta: Marian González,
reflejandoelazul@visionnet.es

Maquetación: Daniel Hernando
daniel@visionnet.es

Distribuye y produce:

Distribuidora de publicaciones C/ Magnolias 35 Bis, Local
28029 Madrid.

Pedidos a pedidos@visionnet.es
www.distribuciondigital.com

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida,
ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

***“LA ÚLTIMA VOZ AUDIBLE
ANTES DE LA EXPLOSIÓN DEL MUNDO
SERÁ LA DE UN EXPERTO QUE DIRÁ:
ES TÉCNICAMENTE IMPOSIBLE”
Peter Ustinov***



PRÓLOGO

Aquella mañana toda era luz. La claridad avasalladora que entraba por las ventanas alegraba el ambiente del aula, además era jueves, teníamos clase de Historia. La profesora que explicaba la Historia, ya fuera Sagrada o Profana, lo hacía como la fascinante aventura humana que realmente es y eso convertía la asignatura en algo sumamente atractivo.

La maestra comenzó extendiendo sobre el encerado un mapamundi y con el puntero, señaló un lugar al norte de la Península Arábiga. Nos dijo que en aquel punto, a orillas del río Éufrates —del cual se sospechaba que pudo ser uno de los que rodeaban el Paraíso Terrenal—, hacía miles de años sucedió, según la Biblia, uno de los hechos más sorprendentes que en el mundo han acontecido.

Habitaba por entonces la región un pueblo que, llegado de tierras más al oriente, había encontrado allí suelos fértiles, ríos caudalosos y un clima benigno, acompañado de caza y pesca. Alentados por tales características, decidieron establecerse en la comarca y al cabo del tiempo, levantaron hermosas ciudades, crearon un próspero comercio y un ejército poderoso, con el que dominaron a otras comunidades vecinas, todo lo cual los llevó a sentirse orgullosos en demasía.

Su capital, Babilonia, era la más bella de las ciudades de la Tierra y según sus habitantes, el centro, el corazón del Universo.

Pero en todo el país y aún más allá de sus límites, se conservaba la memoria de un tiempo muy lejano, en que se produjo un terrible Diluvio, que anegó toda la Tierra conocida, y los babilonios, muy seguros de su fortaleza y su sabiduría, decidieron conjurar el peligro de que el Sumo Hacedor montase en cólera de nuevo, movido por el mal comportamiento de la Humanidad—del cual en Babilonia había ya bastantes trazas— y enviase otro castigo semejante. Así pues, se dijeron: Puesto que somos superiores a todas las gentes conocidas, conjurémonos y hagámonos famosos para siempre.

Puestos de acuerdo, decidieron levantar una torre cuya cúspide alcanzara el cielo y de ese modo, llegado el caso de un segundo Diluvio, estar en posición de desafiar el desbordamiento de la ira divina. Con este propósito, pusieron a fabricar millones de adobes que servirían para el relleno interior y también ladrillos cocidos al fuego, con los cuales revestir el exterior, ya que en aquellos parajes apenas había piedra. Después, empleando miles de obreros, comenzaron a levantar un

altísimo edificio en el centro de su capital, ese que se ha llamado desde muy antiguo, la **Torre de Babel**.

En ello estaban, cuando Dios, que veía en aquella construcción un desafío de la soberbia humana, quiso castigar la arrogancia de los babilonios. En esta ocasión, no envió otra lluvia torrencial, ni rayos que derribaran los altos muros ya alzados, simplemente hizo que la lengua única que todos hablaban, se convirtiera en muchas lenguas diferentes. Y sucedió que, al no poder entenderse, la desorganización que se produjo entre ellos dio lugar a tal caos, que les obligó no sólo a abandonar la obra, sino que, juntándose cada cual con aquellos que podían comprender sus particulares idiomas, se fueron por grupos para poblar distintos lugares, alejados unos de otros y de ese modo se dispersaron por la faz de la Tierra.

El relato poseía todos los componentes de un milagro espectacular, necesarios para despertar la curiosidad de nuestras jóvenes mentes y las preguntas se produjeron de inmediato.

Porque nuestra fantasía se disparó al tratar de componer el cuadro y la clase se animó mucho con la imagen del arquitecto, pidiendo una tablilla y recibiendo una mesa, el capataz solicitando escaleras y encontrándose con un cesto y los obreros ofreciendo palas en lugar de argamasa. Lo que debió ir arriba, se colocaba abajo y la fila de la izquierda en la derecha. El batiburrillo que debió organizarse tuvo que ser monumental y desde nuestro punto de vista infantil, sumamente divertido.

Lo más extraordinario de la situación, era que el supervisor hablara de pronto en arameo y le contesta-

ran en chino, el jefe de cuadrilla lo hiciera en alemán y el subordinado en senegalés, el amasador en ruso y el pintor en italiano; así lo vimos entre risas. En verdad aquello debió convertirse en cosa de locos, de imposible coordinación.

Tratando de poner en orden nuestras alborotadas ideas, la profesora aclaró que éste, como otros pasajes de la Biblia, era más bien una historia edificante y que, aunque en nuestros días, aún existen en Irak restos de una antigua construcción con ciertas características muy singulares, que inducen a sospechar sean los restos de la vieja Torre, no había que tomarla al pie de la letra. Lo aceptamos de buena gana, porque bien considerado, el relato, aunque fuera en clave de advertencia, rozaba lo esperpéntico y su puesta en escena era imposible desde cualquier punto de vista, pero...

En todos esos escritos antiguos, con raíces en tantos casos en la memoria colectiva de las gentes, subyace un germen de realidad, que la imaginación de las generaciones siguientes ha tratado de extrapolar. En el fondo de las narraciones extraordinarias y tras el sugestivo ambiente de las leyendas épicas, late un corazón humano en el que palpita una savia de de verdades ocultas o evidentes, debidamente embellecidas y magnificadas.

En el caso de la Torre de Babel, cuyos restos han buscado con fe nuestros arqueólogos del siglo XX, hasta encontrar apenas el relieve de sus cimientos, está el hecho incuestionable de que la impresionante ciudad de Babilonia, capital de uno de los más poderosos Imperios de la Antigüedad clásica, se levantó soberbia durante tres épocas de esplendor y a pesar de su gran-

deza, tuvo que soportar tres derrotas a manos de sus enemigos, que acabaron por convertir sus magníficos palacios y sus maravillosos jardines, en un erial sin nombre.

Es sospechosamente revelador, que **BABEL** signifique en babilonio **PUERTA DE DIOS** y para los hebreos se traduzca por **CONFUSIÓN**.

¿Se han acabado con nuestras exploraciones interplanetarias y las espectaculares conquistas en el campo de la genética, por los más eminentes científicos, los peligros de transformar las Puertas de Dios en simples Confusiones? Nada más lejos de nuestro ánimo, que convertirnos en portadores de malos augurios, aparte de que, los que dicen saber de esas cosas, aseguran que en las estrellas y en las rayas de las manos, únicamente están escritas las posibilidades y el verdadero destino reside en la forma en que utilizamos esas luces y esas manos.

Sea como sea, echemos una mirada a la sospecha de que fueran los propios babilonios, desbordados por sus particulares complejos de superioridad, los que comenzaron a cambiar, no los idiomas, sino el significado de sus propias palabras, de los conceptos genuinos y el primitivo sentido de su existencia que fue, en su origen, motor de su prosperidad y su grandeza. Eso pudo propiciar que, a la postre, los que lo entendían de otra forma, optaran por salir huyendo de aquel descalabro vivencial.

Una advertencia: Que no se rasguen las vestiduras los anti Savonarola o manden estos escritos a la hoguera del camarada Stalin, no va por ahí. Viva cada cual como a bien tenga, siempre que no incordie al vecino;

piense como quiera y le dé de sí su cerebro, toda vez que se limite a exponer sus ideas, las dé nombres propios y no intente imponerlas al resto de los ciudadanos, camufladas bajo el bagaje de las antiguas y hermosas palabras.

La **Palabra** tiene un poder inmenso, es el vehículo de la Creación y no únicamente en la Biblia; el Verbo surge en muchas otras tradiciones cosmológicas a lo largo y ancho de nuestro Planeta. A pie del suelo, una palabra, **SI**, dicha por el hombre adecuado o el loco predestinado, puede cambiar la Historia del Mundo; otra palabra **NO**, puede cambiar la nuestra.

Constantemente, la Real Academia de la Lengua acomoda a nuestro modernismo, aceptándolos, vocablos procedentes del extranjero y de las últimas tecnologías, ¿no seremos capaces de afrontar las exigencias de los nuevos modos de contemplar los comportamientos humanos, en la Era Informática? ¿No los aceptaremos en su crudeza e inventaremos vocablos que los definan? ¿O es que la tan alardeada franqueza de esta Época, es también una precaria torre de adobes susceptible de desmoronarse?

Lo que pretendemos es meditar, siquiera un rato, sobre la moderna Babel en que nos movemos, que no avala una evolución de nuestro idioma, sino que nos lo está desvirtuando, achicando y dejándolo hecho unos zorros mesopotámicos.

Defendamos la savia de las palabras antiguas, dejémoslas tal y como las heredamos con su propia floración y sus preciosos colores originales. Que podamos conservarlas, al menos, hasta que hagan a Marte habitable.



“Los límites de mi lenguaje significan
los límites de mi propio mundo”
L. J. Wittgenstein

PALABRA: *Sonido o conjunto de sonidos articulados que expresan una idea*

Los antropólogos andan por esos mundos enterrados, buscando el cerebro del Hombre Primero. Las opciones son variopintas y cambian más a menudo de lo que quisiéramos, pero en algo hay unanimidad: En cuanto encuentren en el cuello de un primate, la evidencia de que su garganta fue capaz de articular palabras, habrán dado con el Eslabón Perdido, porque —y en este caso está de acuerdo también hasta la Biblia—, Adán, nuestro singular primer antepasado, puso nombre a los animales que lo rodeaban en el Paraíso, por tanto, hablaba.

Pero, dejando aparte narraciones iluminadas, lo indudable es que el idioma constituye en todas partes una herencia impagable, construida paso a paso duran-

te milenios por nuestros antecesores. Ellos comenzaron buscando la indispensable comunicación con sus semejantes, pero después la fueron llenando de miles de significados y matices, porque la Naturaleza y su entorno se les quedaban pequeños y se vieron impelidos a hurgar hasta el fondo de su verdad, sus sueños y su destino.

Y es que, cuando el Hombre pronunció la primera palabra, comenzó a crecerse hacia afuera y hacia dentro, ya que debemos partir de la premisa, de que no existe un vocablo que no responda a una necesidad. Cuando inventó la palabra **Amor**, obedeció a un impulso generoso que lo desbordaba, el descubrimiento sorprendente de que podía darse, incluso contra su propio interés; al reconocerlo, su vida se ensanchó del modo más gratificante y fue entonces, cuando realmente dejó de sentirse solo. Cuando inventó la palabra **Futuro**, lo hizo movido por una especie de Fe, que lo lanzó hacia el Progreso y la Historia. Cuando su inquietud lo incitó a buscar la palabra **Espíritu**, se dotó a sí mismo de unas alas que lo catapultaban a un espacio inconmensurable, desconocido, pero que su intuición y su inteligencia percibían de algún modo, al cual se veía obligado a reconocer y a enfrentarse.

“La falsedad se acerca tanto a la verdad,
que el hombre prudente no debe situarse
en un terreno resbaladizo”

Cicerón

TRAICIÓN: *Violación de la fidelidad debida*

Se dirá que no lo hemos jurado ni prometido, pero apropiarse de algo que no nos pertenece en exclusiva, para darle un uso inapropiado y en ocasiones nefasto, no deja de ser una maldad y una solapada traición.

Sucede con las palabras, que son un regalo que recibimos con la misma naturalidad con que el rico aprecia el pan y el agua, los cuales, siendo necesarios para la vida, pierden relevancia al serle entregados gratuitamente. Es un lugar común, pero no es malo insistir en que los ciudadanos de Occidente, no nos percatamos de que somos el resultado de un maravilloso, un ingente esfuerzo por vivir mejor y ser mejores, lo que debería obligarnos a administrar bien, todo aquello que las generaciones que nos han precedido han ido acumulando para nosotros. Tengamos por seguro, que las Palabras están entre los más importantes legados; son espléndidos hallazgos, presentes que a menudo menospreciamos, cuando no convertimos en basura estéril, auténticos tesoros.

Sin embargo, consideremos que hay diferentes clases de traiciones, a saber: Pequeñas y facilonas, tontas y superfluas, serias y perjudiciales, y por último, grandes y perversas. Hemos de tomar conciencia de que el Hombre dotó a las palabras de necesaria significación

y muchas veces, la traición no se refiere tanto a la definición, como a la sustancia.

Por último, cuando hablamos de Traición, no nos estamos refiriendo a esas escaramuzas semánticas, guiños populares que dan con la gracia de las segundas intenciones; únicamente pretendemos poner en evidencia el voluntario olvido, la hipocresía, la falacia en la mayoría de las ocasiones, del eufemismo; el burdo enmascaramiento de lo vulgar, el encumbramiento de lo grosero al podio de lo imprescindible, que está lavando el cerebro de las nuevas generaciones y acabará por conseguir, que una parte importante de ellas no “*sepan*” leer ningún libro escrito antes del siglo XX.



Y COMENZAMOS POR

*“El que es misericordioso con los hombres crueles,
acaba por ser cruel con los misericordiosos”*

Talmud

AMNISTÍA: *Olvido y perdón colectivo de delitos políticos,
que otorga la Ley*

Puede parecer un comienzo demoledor, pero en el encabezamiento no hay premeditación política. Somos esclavos del abecedario en la búsqueda de su verdad. En ciertas latitudes, esta palabra, ejemplo de largueza de miras y de magnanimidad, se traduce sin ningún sonrojo por IMPUNIDAD y se exige para los crímenes más horrendos cometidos a sangre fría, es decir, sin que ningún buen sentimiento de corazón humano, los acompañe.

Así sucede que, individuos capaces de perpetrar y llevar a cabo crímenes, que pretenden justificar con ideologías cavernarias, carentes de bases históricas y hasta ayunas en muchas ocasiones de las más elemen-

tales raíces étnicas y culturales, reclamen una Amnistía para los asesinos, la apertura de cárceles y la misma libertad de movimientos de las gentes de bien. No existe reflexión sobre el daño causado, ni expresión alguna de arrepentimiento y mucho menos solicitud de perdón, antes bien, mostrarán orgullosos sus manos manchadas de sangre. La libertad que pretenden les sea regalada, se alzarán triunfante y no precisará excusa alguna para lanzarse a una lucha, que les permitirá volver a arrebatarse a sus vecinos, la libertad de vivir.

La mentalidad de ciertas gentes, capaces de dar un significado tan visceralmente injusto a una palabra tan cargada de generosidad, ya ha producido, desgraciadamente, las primeras dispersiones.

“Una necesidad repetida por treinta y seis millones de bocas, no deja de ser una necesidad”.
Anatole France

AMOR: *Sentimiento afectivo que busca el bien de los otros. Ternura, benevolencia, cariño.*

Apostamos a que todos estamos de acuerdo en esa básica definición, lo malo es que, a menudo, se la vacía de contenido o se la llena de uno que nada tiene que ver con la desinteresada entrega propia y el sincero deseo de felicidad y bienestar del otro, que debería ser su meta natural.

Un escritor agudo, gran humorista, afirmo en el pasado siglo que: “Amor se escribe sin hache” y he aquí que, aunque la Real Academia mire hacia otra parte, en el Amor se está colando en tromba la H de: Habladuría, hastío, hecatombe, híbrido, hipérbole, holgura, hostigamiento, huero y hasta de Hepatitis B. Verdad es que, desde siempre, ciertas pasiones se han contaminado de alguna de esas haches, pero a la postre, han acabado por ocupar su verdadero lugar y ser tachadas de desamor, que es, en semántica y en práctica, justamente lo contrario.

Pero en nuestro tiempo, a todos los niveles de difusión y con una contumacia radiactiva, Amor se escribe con la hache de Hacer. Sí, como la masa del pan o más descriptivamente, la de las salchichas. Explicaremos: Se toman carnes de no muy alta calidad y se procede a mezclarlas estrechamente, algunos las aderezan con un poco de salsa para que adquieran otro sabor, pero los más, ni eso. La fórmula ***hacer el amor***, la inventaron los franceses que, muy agudos ellos, no se atrevían a enfrentarse con la *nue vérité* de *forniquer* o *faire la cupole* y pretendieron santificar el festejo, precisamente en su vertiente menos santa —la unión de los amantes verdaderos no la necesitaba—.

Como era predecible, el éxito fue inmediato y espectacular. Ahí es nada, pulir, fijar y dar esplendor a algo tan vulgar como copular, fornicar, aparearse o amancebarse; vestir la lujuria con traje de luces, para volver al hogar con el marchamo de varón amoroso, en vez de macho lascivo a la caza de furcia cara o barata, o boba de-solada; convengamos que es mucho más gratifican-

te. Y no aludamos a la *madame* que presidía el festejo, cuya discreción se consideraba proverbial.

El feliz hallazgo traspasó fronteras sin pagar aduanas. Aquí lo de copular sonaba muy cursi y lo de joder, no digamos cómo sonaba antes en ciertos círculos. Así pues, lo de “hacer el amor” se bautizó, se confirmó y ahora campa con su falta de respeto por cualquier campo, hasta tal punto, que hace poco un prestigioso periodista apuntaló “la cosa”, afirmando que las pobres rusas y sudamericanas, importadas para el “servicio doméstico” en los lupanares o en cualquier rincón, se ven obligadas a “hacer el amor”, por dinero. La pregunta es ineludible: la dulce expresión, ¿mengua de algún modo lo terrible de su menester, lo denigrante de su esclavitud, o le añade crueldad al nombrarla con tan descarado sarcasmo? ¿Hasta qué punto se ha estragado nuestra conciencia, que estamos emparejando conceptos tan contrapuestos como amor, dinero y explotación sexual?

El Amor no se *hace*, el Amor se da sin contraprestaciones obligadas, aunque las espontáneas se acepten y devuelvan con alegría —todas las clases de Amor—, si no, se convierte en cosa bien diferente. Y no es esta una consideración colgada de las rosadas nubes, se trata, por el contrario, de la traducción exacta y real. Aquí nos encontramos una traición con mayúsculas, a despecho de que su difusión sea multitudinaria, porque buscar una palabra con tan hermoso significado, para encubrir una desvergüenza, cuando no una tropelía semejante, es indigno e indignante.

Pero aún comporta algo peor, porque la contaminación inmoral del eufemismo, lleva al menosprecio del

acto que, por cierto, se produce —lo aseguran las estadísticas—, con frecuencia contumaz, creciente y peligrosa. La suplantación de la palabra Sexo por la de Amor, contiene tal caudal de falacia, tal dosis de confusión interesada, que está haciendo olvidar a mucha gente que el sexo, si resulta algo formidable, es como guinda de la tarta, no como esa tartaleta plastificada que dura dos bocados y a veces, solo uno. Lo han afirmado siempre los que conocen el tema en profundidad y hay que tener presente, que la incongruencia lingüística corre grave peligro de convertirse a la corta o a la larga, en incongruencia vital; porque, atrapados en esa noria imparable, cada vez más gente acepta que sexo es sinónimo de Amor, el único sinónimo.

Es esta una equivocación conceptual, que ya cuesta a muchas familias sangre, sudor y lágrimas y a la mayoría de los ciudadanos que *dan* amor en vez de *hacerlo* —entre Sida, otras enfermedades venéreas y abortos terapéuticos, a más de desequilibrios psíquicos—, millones de euros de sus impuestos, que podrían y deberían dedicarse a urgencias menos evitables.

Pero todo sea por aquello de que los tiempos cambian, aunque al más corto de entendederas, se le parecerá que el tiempo y el reloj pasan de semejantes refocilaciones y los que pintamos el calendario de colores claros u oscuros, somos nosotros y únicamente nosotros.

El Amor es una manifestación de la Inteligencia, un destello de la Imaginación y una conquista de la Civilización; nos da la correspondencia con la Humanidad toda y el resto del Universo, porque, como en él, su profundidad y su amplitud son inabar-

cables. Y es que el Amor, es algo que llena el aire de un componente que no es analizable químicamente, pero que es más importante que el oxígeno, porque hace respirar al alma.

Y a tan excelente disposición de ánimo, se están afeerrando los que, incapaces de sentirlo, tratan de desvirtuarlo para no declararse parias, en una tierra llena de gente amable y generosa que, mal que les pese, existe.

Pero los “medios”, que dentro de poco serán “enteros” si alguien no lo remedia —en el horizonte no aparece demasiado entusiasmo—, mueven demasiado dinero con los amañes del género “rosa”, que en muchas ocasiones es rojo sangrante. Se han instalado en la hipocresía cobarde del innoble eufemismo, para amparar componendas de carne de tercera y contubernios de cinco estrellas, de los cuales hacen alarde físico, vocal y hasta musical; es de temer que por mucho tiempo todavía

Como consecuencia, todo monte, parque, trasera de coche, callejón o casa en ausencia de sus dueños, es orégano. Porque *hacer el amor* es mucho más bonito que follar, que por cierto significa: —*Soplar con fuelle.* —*Formar una cosa con hojas.* —*Talar o destruir.* —*Soltar una ventosidad sin ruido.* Y es más edulcorada que *Tirar*, cuya traducción va desde: Arrojar o derribar, hasta: echar por la borda, acometer, embestir o tumbar, que pudiera ser la primitiva descripción del suceso. Pero, ¡a ver qué niña acepta el papelón propuesto en estos términos! Hasta alguna señorita pija diría que No. Queda mucho más presentable disfrazar el sexo estricto, de Amor, lo que no deja de ser un engaño cobarde, una trampa innoble, sobre todo para esa cría confun-

dida, a la que se está señalando como *retrasada* por no “hacerlo”; el miedo a no estar al día —o a la noche— la pone al pie de los caballos y la está empujando a asesinar al Amor.

La pregunta consecuente es, si esa traición no vendrá obligada por la necesidad de embaucar el subconsciente colectivo que, mal que les pese a los vendedores de promiscuidad y pornografía, sabe que el Sexo por el Sexo, como el Dinero por el Dinero y el Poder por el Poder, son una auténtica horterada. Y mientras tanto, atrapada por la falsa estética de ese lenguaje, envenenada por la atracción de tan hermosa palabra, una inmensa multitud de gente morirá, aunque viva cien años, sin haber conocido ese inigualable y glorioso sentimiento, que es el Amor.

“Cuando decidí dedicarme a la política,
elegí tal norma de conducta,
que fui coronado varias veces tanto por la Patria,
como por muchos de los helenos”
Demóstenes

ARISTOCRACIA: — *Del griego aristos, el mejor y kratos, fuerza. —Clase noble de un país.—Gobierno ejercido por las personas más notables del Estado.*

Bajo las luminarias de la Acrópolis ateniense, los seguidores de las últimas olimpiadas celebradas allí, nos recordaron en la Prensa y la Televisión occidental,

que: “Todos somos griegos”. Gentil invitación —que se agradece—, a considerar a Platón, Aristóteles y no digamos a Epicuro, como miembros de la familia. La palabra Aristocracia fue pues, un invento griego que necesitaba definir a aquellos ciudadanos que se habían distinguido en la defensa de sus conquistas, ya fueran territoriales, culturales o políticas. Gente estupenda la de unos gobernantes que, en un alarde de generosidad sin precedentes en aquella época —y apenas en esta—, concedió a sus prójimos el derecho a opinar en los asuntos públicos. Pero apúntese ante todo, que el valor del voto, estaba en Atenas en relación directa con la aportación previa de cada ciudadano, en metálico o en servicios, a la comunidad.

Con la exigencia a quienes iban a ser sus representantes, de valores cívicos, morales o intelectuales, a más de un claro dominio de la oratoria, se consiguió que personajes como Licurgo, Solón o Pericles, se dedicaran a la política; o sea que, aquello que pretendían en el fondo y en la forma, era la instauración de la Aristocracia, el gobierno de los Mejores, aspiración irreprochable además de inteligente, aunque fuerza es recordar que no siempre alcanzaron su meta.

Lo que sucede, es que la palabra Aristocracia, ¡tan bonita!, poco tiene que ver desde hace siglos, con el espíritu griego del vocablo. Los aristócratas atenienses debían demostrar una categoría personal extraordinaria... Y aquellos buenos principios se fueron perdiendo, a medida que la Aristocracia se consagró como parte de los legados familiares, junto con el retrato del abuelo héroe y no digamos los doblones que —algo después—, sobraron del caudal que había servido para